

LA DESMERCANTILIZACIÓN DE LA ENERGÍA

Pablo Bertinat*

En esta exposición se les va a presentar un panorama muy general de la situación energética regional en América Latina. Una mirada sobre el proceso de integración y qué líneas pueden haber para trabajar alternativas.

En primer lugar plantear que tanto el debate sobre la crisis y el futuro energético aún no han incorporado un análisis real, sobre la demanda energética y los procesos productivos, los derechos de la población y la sustentabilidad del uso de los recursos y de los territorios. No hay una vinculación real entre los debates de producción de energía y en qué se utiliza esa energía.

Los costos del desarrollo energético y la responsabilidad por los impactos de este desarrollo energético e industrial deben ser considerados impactos diferenciados. En definitiva, en lo que se tiene que avanzar en la discusión del problema energético, en el marco de esta crisis

* *Pablo Bertinat, de Argentina es ingeniero electricista. Investigador en fuentes no convencionales de energía de la Universidad Tecnológica Nacional. Docente de Postgrado. Presidente de la Organización No Gubernamental, Taller Ecologista y coordinador del área de Energía del Programa Cono Sur Sustentable de Argentina.*

climática y económica que se está planteando, requiere una revisión y transformación profunda del modelo de producción, intercambio y consumo vigente.

Se puede ver que el grueso de los combustibles utilizados son combustibles fósiles esto implica una matriz de energía primaria. No es sólo la electricidad, ésta es sólo una pequeña parte de toda la matriz energética, tanto mundial como regional y lo que se puede ver es que más del 80 por ciento de la matriz energética mundial depende de los hidrocarburos. El petróleo, el gas y el carbón son los principales energéticos a nivel mundial. El último informe de la Agencia Internacional de Energía es sumamente esquizofrénico porque plantea que el principal problema que aqueja a la humanidad es la temática del cambio climático.

La preocupación de los años setenta del siglo pasado era ¿cuándo se terminará el petróleo? Hoy la preocupación es ¿cómo se hace para no usar ese petróleo para no causar los efectos que está produciendo a nivel climático mundial? ¿Cómo se establecen cuotas de utilización del petróleo y de los combustibles fósiles que permitan salvaguardar el planeta del avance de los impactos climáticos?

En América Latina se cuenta con el 10 por ciento de las reservas mundiales de petróleo y se produce el 13 por ciento del petróleo del mundo y, en el caso del gas, se tiene el 4 por ciento de las reservas mundiales y se produce el 9 por ciento del gas del mundo. De todo el petróleo que hay en América Latina el 74 por ciento de la producción y el 97 por ciento de las reservas están en manos estatales, no de privados, sino de estatales. Y el 54 por ciento de la producción de gas y el 90 por ciento

de las reservas están en manos estatales. Esto para ubicar la discusión que hubo hoy, porque es muy importante analizar ¿cómo salir de las reformas neoliberales de los noventa respecto del tema energético?

La condición de la propiedad sobre los recursos naturales hoy en día tal vez debería tratársela como una condición necesaria, pero no suficiente para alcanzar un desarrollo sustentable en la región. Hoy en día ya está demostrado que no es suficiente con tener recursos.

Otra mirada interesante es observar los recursos del gas natural que son prácticamente bajos en todos los países. Bolivia no tiene más gas que Argentina, en masa, en cantidad. Recuerden que la Argentina en estos 10 años, como resultado de un cambio muy fuerte en su matriz de utilización de los recursos, consumió la mitad de sus reservas en sólo 10 años, con lo cual imagínense lo que le esperaría al continente de seguir con esta tendencia de utilización de los recursos.

Dentro de la estructura de la matriz energética en América Latina y el Caribe, se observa que se tiene una dependencia de los combustibles fósiles un poco menor a la dependencia mundial: 41 por ciento de petróleo y un 25 por ciento de gas natural y un poco más de las fuentes renovables que existen a nivel mundial. Dentro de las fuentes renovables, prácticamente la mitad es hidroenergía y, la otra mitad son productos de caña y leña. Fíjense que en la matriz de *No renovables* hay una categoría *Leña no sostenible* y otra *Leña sostenible*. Esto tiene que ver con una doble caracterización de la fuente energética, que no sólo se identifica por su renovabilidad o no, sino también por su sostenibilidad o no. Hay una

cantidad de fuentes energéticas que pueden llegar a ser renovables, pero que su uso puede no ser sustentable. Uno es la leña, y el otro paradigmático son las grandes hidroeléctricas las que han producido impactos importantes en la región, actualmente hay millones de personas desplazadas, e inclusive, aunque a veces se planteó como una alternativa el cambio climático, está demostrado que los grandes embalses pueden emitir tantos gases de efecto invernadero en forma de metano, en igual forma que una central térmica a gas.

En realidad hay una discusión mucho mayor a la renovabilidad o no renovabilidad de las fuentes energéticas, que tiene que ver con la sustentabilidad en el uso. Es un atributo en la forma en que se aprovecha la energía, porque lo otro es un atributo técnico de la fuente. Esa fuente se puede aprovechar de una u otra manera de modo que pueda ser sustentable o no sustentable.

En América Central, tiene mayor peso el componente “renovables” y la leña: 14 por ciento de toda la fuente energética de América Central es leña. En la Comunidad Andina petróleo y gas suman 58 por ciento. Los países del Mercosur más Chile también tienen un peso importante de fuentes renovables. Producto de esto es Brasil, donde la matriz energética tiene un 38 por ciento de fuentes renovables —producto de energía, productos de caña, etanol, bagazo, etcétera— que muestran un peso de la energía renovable tradicionales muy importante.

Se tiene una cantidad de países productores de energía. Básicamente el petróleo de Venezuela, Brasil, México, Argentina, Colombia y Ecuador son los principales productores. En gas natural Argentina, Brasil, Venezuela,

México, Bolivia, Colombia, Perú. En hidroelectricidad Brasil, Venezuela, Paraguay y Colombia. Y en leña, básicamente para consumo interno, prácticamente todos los países de la región, si bien Brasil tiene más de la mitad de toda la producción del continente (60%), después vienen los países centroamericanos.

Una primera cara de la sangría energética de América Latina es la exportación directa de energía. Se tiene como principales exportadores de energía a México, Venezuela, Ecuador y Colombia, que exporta prácticamente la mitad de la cantidad de petróleo a Estados Unidos. Ecuador exporta el 90 por ciento de la producción de petróleo y el 60 por ciento va a Estados Unidos. Ya se mencionó también el caso de Camisea de Perú, que también se destina a Estados Unidos.

¿En qué se usa la energía?

Pero es necesario mirar la otra cara de la torta. En realidad la cara que menos se mira habitualmente es ¿en qué se utiliza la energía? Cuando se observa en qué se utiliza la energía en América Latina el principal sector consumidor de energía es el transporte con 35 por ciento; el segundo es la industria con 30 por ciento y recién viene el sector residencial con 13 por ciento. En el sector transporte hay fuertes diferencias regionales. Por ejemplo, en Centro América el 52 por ciento de la energía está puesta en el transporte; en el Cono Sur el 28 por ciento y es menor, porque aquí están los países más industrializados como Brasil, Argentina y Chile, donde pesa más el sector industrial; y en la zona andina el 34 por ciento. En el sector industrial el 30 por ciento de la energía a nivel

regional, en el Cono Sur el 36 por ciento y en la zona andina el 11 por ciento.

En el caso de Brasil la mayor cantidad de la energía está puesta en la industria. Los principales sectores consumidores en este país son el aluminio, las ferroaleaciones, la siderurgia, la celulosa, el papel y el mineral de hierro. Del aluminio, el 66 por ciento se exporta, al igual que el 44 por ciento de ferroaleación y 40 por ciento de la siderurgia. Es decir, que la energía en el Cono Sur está puesta en la exportación de productos. Esta es la otra cara de la sangría que se produce en el continente. Es un proceso de exportación virtual de energía contenida en determinados productos que se producen.

Esto mismo se puede ver en Argentina para el aceite de soya, papel, petroquímica, que son los principales productos de consumo energético en este país, de la cual la mayor cantidad producida va a la exportación.

Todos los productos aumentaron entre dos y diez veces su valor mientras que la energía eléctrica para esas empresas aumentó 1,5 veces. Lo que significa que durante las últimas cuatro décadas se ha vivido en la región un proceso de migración de sectores industriales, que eran dejados de lado en los países desarrollados —como la petroquímica, el acero, la siderurgia, el papel y otros— porque producían poco valor agregado, producían poca mano de obra y necesitaban mucha energía.

Todos estos sectores son los que se tienen actualmente instalados fuertemente en nuestros países porque las legislaciones permitieron que llegaran, les financiaron, les dan energía barata y les dejan contaminar con su producción. Este es el sistema industrial productivo

que se tiene en la región que consume el 30 por ciento de la energía de todo el continente, el cual está asociado a un modelo de transporte, que está dentro del modelo extractivista que se planteó y que ha diseñado un modelo de infraestructura que necesita de transporte para sacar, para mover la mayoría de estos productos.

En el caso de Argentina, la mitad del transporte es transporte de carga para mover este tipo de productos. O sea, lo que se está haciendo es una subvención directa de recursos naturales e indirecta, a través de la energía, para poder exportar este tipo de materias primas o *commodities* semielaborados para exportarlos hacia los países en desarrollo que “desmaterializaron” sus economías “materializando” fuertemente las nuestras, con los impactos que se están viendo.

Se decía anteriormente que el sector residencial, consume el 13 por ciento de la energía del continente y de toda la leña que se produce, el 90 por ciento va para la gente. En América Latina, según datos de 2006, aún hay 83 millones de personas que cocinan con biomasa en condiciones que afectan su salud, y aproximadamente 40 millones de personas que no tienen electricidad. O sea, el discurso de que la producción de energía de los últimos 40 años es para abastecer a la gente, es mentira. El incremento de producción energética de estos dos últimos años estuvo dado para abastecer un sistema energético asociado al extractivismo, a la minería, al sector agrícola, al sector industrial y al sector del transporte asociado que configuran el modelo industrial regional. Y sumado a esto los sectores más pobres pagan más por la energía.

En Guatemala el primer quintil de ingreso paga mucho más por la energía que consume en porcentaje, en relación a sus ingresos, que los quintiles de mayor ingreso. Según datos de la CEPAL se puede evidenciar que en Chile, Ecuador, Paraguay, Bolivia, Perú, se aplica la misma ecuación. O sea los primeros quintiles pagan mucho más en proporción la energía que los últimos quintiles. Este es el caso de Argentina, donde se incrementó el costo energético para los hogares más pobres. O sea, los sectores más pobres no sólo tienen más dificultades para acceder a bienes energéticos que les permitan una vida digna, sino que cuando acceden les sale mucho más caro, en proporción a otras regiones. En este cuadro de Perú se observa que las zonas más pobres son también las menos electrificadas.

Otro caso más reciente es la exportación de energías renovables. Básicamente la exportación de biocombustibles, etanol, que se da en países como Brasil. Tal vez los antecedentes de integración energética son de hace 40 años, 50 años, el cual fue un proceso de integración impulsado básicamente por las empresas estatales. Fue cuando se construyeron las grandes obras como la represa hidroeléctrica de *Itaipú* que es una empresa binacional entre Paraguay y Brasil y la represa hidroeléctrica de Yacyretá-Apipé que es una central hidroeléctrica construida sobre los saltos de Yacyretá-Apipé en el río Paraná, entre las provincias argentinas de Corrientes y Misiones y gasoductos que fueron impulsados por las empresas del Estado.

Un segundo bloque de integración fue producido a partir de los años noventa con la liberalización del sector, en realidad todo lo que se arrastra del proceso de

liberalización del sector es la fuerte impronta que se le dio a la energía como mercancía a partir de los años noventa. La energía pasó a ser un negocio en sí mismo, con tasas de ganancia muy superiores a otros sectores en alguna época, con lo cual hizo que muchos capitales se vuelquen al sector energía para configurarla no como un derecho, sino como una mercancía, pasible, por tanto, de grandes ganancias y de disputas por parte de las transnacionales para garantizar un flujo de energía para las industrias extractivas, pero también con tasas de ganancia muy importantes. La energía a esta altura debería, como el agua, ser considerada un derecho inalienable de la población para poder mejorar su calidad de vida.

Mucho del negocio energético en la región es negocio intrafirma, entre las mismas firmas que están en diferentes países. Y en ese sentido hay un negocio que quebrar porque no alcanza con la recuperación de la soberanía sobre los recursos. Es necesario romper con la lógica del funcionamiento mercantil en energía y poder instaurar otra lógica de funcionamiento. A esto se le llama “proceso de desmercantilización” y sobre esto se pueden hacer cosas de largo plazo y de muy corto plazo. Es muy difícil que una empresa distribuidora de energía eléctrica apoye planes serios de eficiencia energética, si gana más, mientras más energía vende. Hay que discutir la necesidad de un proceso de desmercantilización en el sector de la energía.

Probablemente una de las cosas a tomar en cuenta a la hora de avanzar en un proceso de integración sea esto: considerar la energía como un derecho de los pueblos y no como una mercancía. Como derecho para la subsistencia, para el mejoramiento de la calidad de vida,

para el desarrollo del sistema productivo local, derecho de las comunidades a tomar decisiones sobre los proyectos que se desarrollan en sus territorios.

Dos cosas para cerrar. Primero, poder discutir la idea que ya se planteó Iván Illich, un pedagogo anarquista que vivió en México en los años setenta, y que era que hablar de la crisis energética descansaba sobre una idea errónea, de que siempre hace falta más energía. En el caso de Brasil, el 15 por ciento de toda la energía eléctrica está puesta en los productos que se exportan. Con esa energía alcanzaría para eliminar la pobreza en Brasil. Entonces, hay que discutir el modelo productivo. No se puede discutir energía sin discutir el modelo productivo; no se pueden discutir políticas energéticas sin discutir políticas de desarrollo. Es necesario desactivar esta idea de que siempre hace falta más energía. Hay que discutir para qué y para quién.

No se debe asociar necesariamente el modelo de integración a intercambio. La integración no necesita de más cable o más intercambio pueden haber otros procesos. No es solamente integración comercial, se pueden resolver localmente muchas cosas, esto tiene que ver con la idea del desarrollo local. Apuntando a cada uno de los sectores hay que avanzar en el proceso de desincentivación del transporte en el continente.

Cuando se dio el inicio de la crisis el 2009, el primer reflejo del presidente Lula ante la crisis fue que como bajaban las ventas de autos, se debían otorgar créditos para vender más autos. Entonces se pusieron dineros públicos para sostener un modelo industrial totalmente depredador y el cual es inconsistente a largo plazo.

Entre el 2000 y 2007 la tasa de crecimiento de las exportaciones creció más que la tasa de crecimiento de la producción, lo que quiere decir que circulan más mercancías, en menor tiempo, y esto hace que haya también mayor consumo de energía, porque la soya por ejemplo, que sirve para alimentar cerdos y otros, tiene una alta importancia en la carga del consumo de energía. En la Argentina se eliminaron los *tambos* de los pueblos porque se concentró de tal manera la industria láctea que ahora el *tambero* tiene que recorrer kilómetros y kilómetros para llevar la leche a un *tambo* centralizado, con lo cual se destruyó la industria local en función de un proceso de concentración industrial que eliminó en nuestros países la industria local. Avanzar en el proceso local, por tanto, es avanzar en la disminución del uso de energía.

Lo que hay que producir es un proceso de desinversión en algunos sectores hay que cambiar lo que se produce, esto tiene que ver con el modelo de desarrollo y hay que construirlo. Los seres humanos, tienen una cantidad de necesidades humanas que se las puede satisfacer con determinados productos. Se debe construir, culturalmente, de qué manera se quiere satisfacer las necesidades, ¿qué se quiere producir y qué no se quiere producir? Eso es lo que se tiene que diseñar para nuestros países, ¿qué industrias deberían desaparecer en los últimos años? Anteriormente se dio un ejemplo: en los próximos 30 ó 40 años la industria automotriz no debería existir en el continente.

El otro golpe fuerte que se puede dar en el tema energético es el tema de infraestructura. El gran peligro que se vive ahora es que en función de la crisis los gobiernos de la región decidan impulsar un plan de estructura como

el de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional (IIRSA), que consolide el modelo extractivista a partir de los corredores bioceánicos, etcétera, en función de poder garantizar riqueza, empleo.

Para concluir, el sector agrícola, que si bien es uno de los sectores que no consume energía de manera directa en grandes cantidades, sí es uno de los mayores productores de gas de efecto invernadero y está asociado a lo que se espera que sea la panacea: los biocombustibles en la región. La Vía Campesina mostró en Copenhague que la agricultura campesina enfría el planeta y tiene viabilidad social, económica y lucha contra el cambio climático.

Creo que la energía puede ser una herramienta importante de redistribución de riqueza. La energía puede ser un elemento importante para eliminar la pobreza y puede ser un elemento por el cual se distribuya riqueza con programas eficientes de energía para la mitigación de la pobreza que permitan redistribuir riqueza a través de la energía.

Lo principal es pensar en un proceso fuerte de desmercantilización de la energía, de recuperación de la energía como derecho.